

UN ABORTO DE DAN BOORSTIN

Por Antonio Rivera

(Profesor de Historia de Puerto Rico en la Universidad)

Recae sobre mí, como miembro antiguo del actual personal de la Facultad que enseña "Historia de Puerto Rico", extender una palabra de reconocimiento al señor Daniel J. Boorstin, por su artículo de diciembre (1955) en la Revista de Yale, titulado "Autodescubrimiento en Puerto Rico". Además, me impulsa un buen deseo de evitar indebidas recriminaciones *sotto voce*, como también las que ya están apareciendo en mimeógrafo para "circulación limitada", y en nuestra Prensa local. Es evidente que el señor Boorstin merece crédito como un amistoso pionero y un abre caminos en este nuevo campo de la exploración y el descubrimiento.

Nuestro conocimiento de aquella conocida irrisión quijotesca que consistía en convertir mentalmente unos molinos de viento en gigantes enemigos, no nos había impedido entregarnos a imaginar montañas donde sólo existen toperas. No veo, sin embargo, por qué hayamos de dejar que la delicadeza de nuestros sentimientos se sienta enfurecida por palabras que, argumentando amistosamente, puede demostrarse que corresponden a una interpretación caprichosa de la historia.

También resulta perfectamente concebible que esta "tempestad en un vaso de agua" pueda aportar encubiertas bendiciones si aceptamos sus ideas como uno de esos retos que obligan a pensar. Yo propongo que esquivemos el falso heroísmo común a los teatrales "desfacedores de entuer-tos". Y como no nos atrevemos a parecer desconcertados ante la opinión pública ilustrada, evitemos el enojo o el resentimiento.

Superfluo es decir que no intentaremos examinar aquellos tópicos de su exposición que no entran dentro de nuestras lógicas predilecciones profesionales. Mas como Mr. Boorstin cubre su afán por nuestro "autodescubrimiento" con revestimientos noveleros que se basan en una confusión histórica y en conceptos inadecuados, a nosotros nos incumbe ser cautelosos, aún a riesgos de que se nos tilde de reaccionarios.

Esta confusión aparece hasta en la superficie cuando uno lee su afirmación dogmática de que la pérdida de motivos de queja es una causa de nuestras desilusiones y frustración. Cae de su peso que Mr. Boorstin es absolutamente lego en materia de naturaleza humana puertorriqueña. Creo también que es incapaz de reconocer las pautas de la historia puertorri-

queña, aunque posea el aprecio de meritorias autoridades en otros campos del saber.

El sugiere que Puerto Rico ha llegado a ser la poética y “Hermosa Isla de Alguna Parte” — ¿un país sin motivos de queja? ¿Alguien lo habrá hipnotizado hasta inculcarle la apocalíptica visión de aquella Ciudad Santa a la que “Dios ha secado las lágrimas, y que no necesita de la luna o las estrellas por la noche, ni de la luz solar de día”? Si es así, tenemos el derecho de preguntar: ¿desde cuándo ocurrió todo eso? Más aún, ¿desde cuándo nosotros los puertorriqueños hemos perdido nuestro arte y destreza para discernir nuevos motivos de queja cuando ya los viejos se habían desvanecido? No; Mr. Boorstin ha interpretado erróneamente, sin duda, el alcance de su propio pensar movido por el deseo, o bien dado por sentadas demasiadas cosas. El Nirvana o la “Nueva Jerusalén” siguen estando ocultos detrás de inciertos horizontes. Y aun cuando los “slogans” o los planes de la hora actual exhiban un dinámico programa de acción en nuestro seno, y una fe robusta engendra en nosotros capacidad y voluntad para hacer frente a nuestros problemas, no olvidemos el hecho de que su contexto y primeros planos siguen indicando que hay agravios por reparar.

Es forzoso que estemos en desacuerdo con su aserto hábil aunque no impecable de que nosotros tenemos “un largo pasado pero una corta historia”. Para predicar su tesis de “autodescubrimiento en Puerto Rico”, él se basa ciertamente en la premisa *sine qua non* de que el tiempo ha avanzado dentro de un vacío histórico.

Nosotros, empero, creemos que el tiempo y la historia son inseparables y guardan proporción. Mantenemos como igualmente cierto que las dimensiones temporales de la historia incluyen profundidad y altitud a la vez que extensión longitudinal. Y pertenece a la categoría de los truismos, además, que la trama del tejido histórico debe apreciarse por la calidad de su esencia, más bien que por los avíos cuantitativos.

Porque viene al caso, y por tratarse de algo pertinente, pongamos en contraste el problema de la esclavitud en los Estados Unidos y en Puerto Rico. Allá el problema empezó en 1619, es decir, un siglo completo más tarde que nuestro problema; pero permanece sin solución, pues en el momento de escribir estas líneas muchas cosas pueden esperarse del anuncio de que doce estados se hallan dispuestos a embestir contra la decente convivencia racial. Entre 1619 y 1956, la cuestión de la esclavitud convirtiéndose en asunto de controversia en la Declaración de la Independencia y penetró también en la cláusula tres quintos de la Constitución de Estados Unidos. También produjo memorables episodios como el Compromiso de Misurí la ley Kansas-Nebraska, y la decisión de la Corte Suprema en el caso Dred Scott. La cuestión adquirió tal importancia, que hasta brindó al público lector “La Cabaña del Tío Tom”, un gran éxito de librería. Hubo también maniobras que hicieron surgir a la existencia un “Partido del Suelo Libre”; y una costosa guerra civil de cinco años convirtió a la “tierra de los libres” en mortífero holocausto. Luego vino un “período de reconstrucción” aún

no terminado. Pero, intercalados con todos esos episodios, un sinnúmero de encuentros civiles e inciviles han hecho compañía a los gloriosos nombres y cuerpos de John Brown y del presidente mártir.

Ahora bien, nosotros aquí en Puerto Rico debemos consolarnos con una muestra más humilde. No obstante nuestro más largo pasado, carecemos de tan importante atavío de páginas históricas. La de ellos es una larga historia dentro de un pasado más corto, mientras el nuestro es un largo pasado con un relato escueto. ¿Pero por qué habría de avergonzarnos la mayor ventaja que obra en crédito nuestro? Sigue siendo verdadero que “la cualidad de la misericordia” impregna la calidad de la historia desde los días del Galileo. Y ése es nuestro gran credo histórico dentro de la “Mayor Fe que los Hombres Jamás Hayan Vivido”.

No basta aplicar distintivos de reconocimiento histórico a aquello que desemboca en revolución volcánica o prominencia personal. En esto, asimismo, nuestra escasez de personalidades destacadas en el vívido drama de la humanidad no torna insignificante nuestro proceso histórico. En realidad quienquiera mida la historicidad temporal debe contar con un oído muy fino y sensible, listo para registrar cualquier cosa que presagie y prometa un futuro esplendoroso. Y estamos convencidos de que, a despecho de falsas maternidades y de negligencias paternas culpables, estamos criando una Cenicienta cuya belleza llegará con el tiempo a ser una realidad, ya que “Roma no fue construída en un día”. Actualmente somos como el argonauta provisto de muchas cámaras, que vaga errante mar adentro, escondido dentro de ocultos pliegues; pero ante nosotros tenemos un océano y una voluntad de ampliar nuestra morada a medida que avanzamos con movimiento seguro hacia playas más gratas. La Cenicienta que centellea ante nuestros ojos, y el nacarado argonauta con tentáculos que se extienden hacia adelante, nos dan la necesaria visión para el “autodescubrimiento”.

La situación desgraciada en que se ha colocado Mr. Boorstin luego de olfatear nuestro creciente alborozo, es a mi entender el resultado de su falta de perspicacia al explicar qué contiene la matriz de nuestro desarrollo. Tal vez él trajo consigo, o no tardó en adquirir de vendedores indignos de confianza, instrumentos mentales inadaptables al diagnóstico de nuestro caso. ¿De qué otra manera podríamos considerar su sorpresa al encontrar en la Universidad de Puerto Rico una preocupación casi patológica por nuestra historia? Sus notas desdeñosas sobre nuestra “miopía comunal” — según sus observaciones nosotros “inflamamos” nuestro pasado para “hacernos interesantes” — son meras indicaciones de frivolidad sin reticencia. Pero cuando recurre a la calumnia, diciendo que la importancia por nosotros atribuída a la historia de Puerto Rico en nuestro plan de estudios “está a punto de convertirse en una de las industrias académicas más florecientes de la isla”, entonces, con todo respeto, nos permitimos decir que él se ha propasado hasta atravesar los linderos del cinismo.

Queremos que se entienda, empero, que no ponemos en tela de juicio los móviles o intenciones de Mr. Boorstin, ni aventuramos juicios sobre la

honradez de su enfoque académico. A veces, no obstante, nos deja estupefactos la torpeza moral que podría colegirse de algunas de sus desgraciadas vaguedades. Y como una muestra más de su falaz raciocinio, consideramos las siguientes palabras: "Casi todos los miembros antiguos del Departamento de Historia son 'Especialistas' (las comillas y la E mayúscula las puso él) en uno u otro aspecto de la historia de Puerto Rico.

Por esta vez Mr. Boorstin está completamente equivocado, y nos resulta imposible determinar si ha sido víctima de erróneos celos departamentales o se hizo partícipe de mal intencionados rumores. Nadie en nuestro Departamento de Historia, nuevo o antiguo, es un "Especialista" en campo alguno de la historia de Puerto Rico. Las especialidades son inconcebibles allí donde sólo hay un mísero y solitario curso de Historia de Puerto Rico. No tenemos cursos sobre el período colonial o períodos posteriores, ni los tenemos sobre los aspectos políticos, sociales o culturales de nuestro "largo pasado". ¿Cómo puede ser nadie un especialista en este Departamento, cuando todos nosotros nos hemos "barrenado" el camino trabajosamente hacia la Historia de Puerto Rico, desde facultades y escuelas inadecuadas para tal especialización? Aún hoy, aunque sólo tenemos un curso, y nunca tuvimos más de uno, algunos de nosotros tenemos que sumar parte de nuestro tiempo lectivo sirviendo a los Colegios de Educación y de Ciencias Sociales. Quizá el argumento de Mr. Boorstin resulte válido en otros departamentos, y él haya simplemente apuntado al falso blanco.

Bastante ha quedado dicho para excusar a los profesores de Historia de Puerto Rico, si es que nos aterran las implicaciones injustificables y hasta ignominiosas que pueden derivarse de las incursiones de Mr. Boorstin en nuestro campo. Pues no es de sus palabras, sino de su interpretación solapada, que tememos perniciosos concomitantes. Teniendo eso en cuenta, nos permitimos incluir uno más de sus dardos emponzoñados: "El número considerable de intelectuales puertorriqueños que con pomposo entusiasmo procuran el renacimiento de una cultura que nunca nació por primera vez". Expliquemos algo acerca de la historia de esa idea, artera en el caso de Mr. Boorstin, y muy lejos de ser "chuchin" para los puertorriqueños. En 1839 vivió aquí un español, de oficio escribiente de correos y poeta por compensación. No sabemos si residió en nuestra Isla más tiempo que los tres meses de Mr. Boorstin. De cualquier manera, el rumor le atribuyó a nuestro burócrata peninsular la mordaz crítica de Puerto Rico que nuestro moderno Cristóbal Colón traduce de esta guisa: "The corpse of a society that has never been born". La traducción no es exacta, porque la palabra "never" no figuraba en la fuente apócrifa. Pero no hay duda de que el buen juicio está ausente cuando se recurre a tan deleznable apoyo para abonar la insólita acusación de Mr. Boorstin. Y desde esa posición ambigua él formula su observación de que nosotros estamos "inventando" (entre comillas) "una Alta Cultura Puertorriqueña, plagada de poetas, novelistas, historiadores, dramaturgos, filósofos y pintores".

No nos resentimos por el sentido de esas palabras. Si él llegase a informarse de nuestras aspiraciones y vigorosa mentalidad, ello nos resultaría un acicate más para la fertilidad creadora. Nosotros sabemos que nuestros horizontes mentales jamás podrán agotarse mientras avancemos hacia las posibilidades inexploradas de la mente, de la voluntad y del espíritu puertorriqueños. Si el artículo de Mr. Boorstin nos ha incitado a recorrer la ruta de una mayor conciencia y comprensión de nuestro destino histórico, entonces su éxito ha sido inconmensurable; y nosotros seremos los beneficiarios de inesperadas bendiciones, por las cuales debiéramos expresarle nuestra sincera gratitud.

(Reproducido de El Mundo)